

# “NO PREGUNTES, ÁGATA, por tu desesperación”

HÉCTOR MONSALVE V.

Ágata es Desierto Florido. Por eso, primero es el aviso de la muerte, o la muerte misma ocurrida en Santiago en julio del año pasado. La estocada del cambio que permite el encuentro con la escritora, los sueños guías y la aridez del desierto y de la pluma.

En doscientas diez páginas<sup>1</sup>, que representan cuatro años de existencia (desde el día martes 18 de febrero de 1992 hasta el 31 de diciembre de 1994) Ágata Gligo, escritora y abogada, se va desnudando internamente frente al lector. Su mirada se hace externa y escribe casi sin querer su autobiografía de escritora.

Ágata mientras muere se va golpeando con la vida, va entendiendo mientras los temores primordiales aparecen. La sequía literaria, el anquilosamiento. Este libro nace de la sequía. Es una flor en el desierto y uno espera que su muerte sea el final del último capítulo, uno cree ilusamente que ella misma la va a registrar el último día.

La autora nació en Punta Arenas, extremo sur de Chile, y sin embargo se puebla del norte triste. Ahí y en otras claves deja ver su obsesión por descubrir, crear. El misterio la atrae. Su pelosalitre sobreviviente a la quimioterapia, su mundo rodeado de escritores, la comprensión de su propia vida.

*Diario de una pasajera* tiene páginas de muchos cuentos que, siendo historia aparte, se hacen necesarios para enten-

der, aunque a veces uno espere con ansias la vigilia.

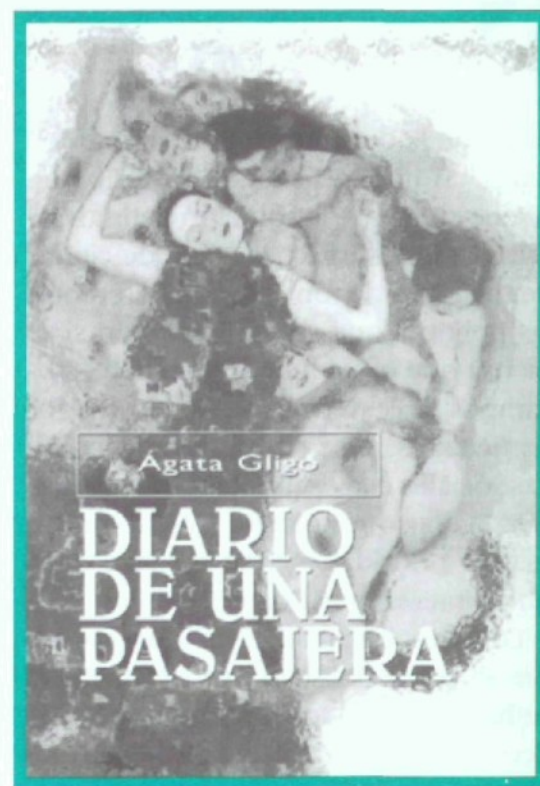
Es un libro transparente, claro. Sólo turbado por la presencia de la muerte que se acerca en cada página, que se amolda y que pasa a ser vergonzosamente agua, líquido vital.

Las fechas puestas al inicio de cada texto son un conteo amargo, un detonador cualquiera.

Aquí yace una mujer deshabitada. Se despobló, necesita empezar a construir su morada. Y en el libro se atropellan muchos sueños de casas a medio terminar, de olvidos y viajes interrumpidos. Este diario de escritora es su lucha ciega contra el cáncer y a la vez el registro de sus certezas. En él todo se mezcla, todo se confunde. Las minas agotadas del desierto con su cuerpo valiente defendiéndose, la imposibilidad de seguir escribiendo la novela en que trabaja, los sueños misteriosos y Klimt con su ascensión. “Nada es eterno”.

Es sin duda un libro para leerlo una vez, pero detenidamente. Además es rico en detalles de la historia literaria más próxima. Libros reseñados, crítica, escritores transformados en personajes, empezando furiosamente por José Donoso, su maestro. Ella misma es personaje. “En los cambios de roles hay siempre ampliaciones de conciencia”, dice.

¿Pero qué la lleva a escribir? Ágata intenta descifrarlo. “Es el impulso, la necesidad, la inspiración lo que lleva a escribir” Y el resultado es este libro paradójica de autoconocimiento, libro íntimo, demasiado personal. “Uno es-



cribe sobre lo que duele”, atina. Las minas se abren y el secreto de la creación escapa sutilmente. La autora no percibe la creación, reclama su sequedad y va sin querer contradiciéndose.

Tres novelas claras se asoman. El desierto y sus minas llorando viento seco, los sueños guías -sólo en ellos se puede ver el erotismo-; y el paso del tiempo hacia la muerte, la enfermedad que hace desconocerse o reconocerse con urgencia. Todas estas posibles novelas se unen en la búsqueda de la creación. Es la línea ferroviaria que marca su cicatriz y va llevando el tren amargo pero triunfante de esta pasajera.

Un libro a veces demasiado profundo como su enfermedad, pero necesario. Y atravesándolo una pregunta negada, clausurada, lo define: “No preguntes, Ágata, por tu desesperación (sábado 27 de agosto de 1994)”. **M**

<sup>1</sup> Gligo, Ágata: *Diario de una pasajera*. Editorial Alfaguara, noviembre de 1997. 210 pp.